

era la grandeza de su pintor. Sola una poca de agua clara con un ebúrneo peine hasta para esceder á las nascidas en gentileza. Estas son sus armas, con estas mata y vence, con estas me captivo, con estas me tiene ligado y puesto en dura cadena.

CELESTINA.

Calla ya, no te fatigues; que mas aguda es la lima que yo tengo, que fuerte esa cadena que te atormenta. Yo la cortaré con ella, porque tú quedes suelto. Por ende, dame licencia, que es muy tarde, y déjame llevar el cordon, porque, como sabes, tengo del necesidad.

CALISTO.

¡Oh desconsolado de mí! La fortuna adversa me sigue junta; que contigo, ó con el cordon, ó con entrambos quisiera yo estar acompañado esta noche luenga y oscura. Pero pues no hay bien cumplido en esta penosa vida, venga entera la soledad. Mozos, mozos.

ACTO SÉTIMO.

ARGUMENTO.

Celestina habla con Parmeno, induciéndole á concordia y amistad de Sempronio. Tráele Parmeno á la memoria la promesa que le hiciera, de le hacer haber á Areusa, que él mucho amaba. Vanse á casa de Areusa; quedase ahí la noche Parmeno. Celestina va a su casa (1), llama á la puerta; Elicia le viene á abrir, increpándola su tardanza.

CELESTINA, PARMENO, AREUSA, ELICIA.

CELESTINA.

Parmeno, hijo, después de las pasadas razones, no ha (2) habido oportuno tiempo para te decir y mostrar el mucho amor que te tengo; y asimismo, cómo de mí boca todo el mundo ha oído hasta ahora en ausencia bien de tí. La razon no es menester repetirla, porque yo te tenía por hijo, á lo menos casi adoptivo. Así creía que tú imitaras al natural, y tú dasme el pago en mi presencia, pareciéndote mal cuanto digo, susurrando y murmurando contra mí en presencia de Calisto. Bien pensaba yo que después que concediste en mi buen consejo, que no habías de tornarte atrás. Todavía me parece que te quedan reliquias vanas, hablando por antojo mas que por razon: desechas el provecho, por contentar la lengua. Oyeme si no me has oído, y mira que soy vieja, y el buen consejo mora en los viejos, y de los mancebos es propio el deleite. Bien creo que de tu yerro sola la edad tiene culpa; espero en Dios que serás mejor para mí de aquí adelante, y mudarás el ruin propósito con la tierna edad; que, como dicen, mudanse costumbres con la mudanza del cabello y variacion; digo, hijo, creciendo y viendo cosas nuevas cada dia, porque la mocedad en solo lo presente se impide y ocupa á mirar; mas la madura edad no deja presente, ni pasado, ni por venir. Si tuvieras memoria, hijo Parmeno, del pasado amor que te tuve, la primera posada que tomases, venido nuevamente en esta ciudad, habia de ser la mia; pero los mozos curais poco de los viejos, regis os (3) á sabor de paladar, nunca pensais que teneis ni habeis de tener necesidad dellos, nunca pensais en enfermedades, nunca pensais que os puede esta florecilla de juventud faltar. Pues mira, amigo, que para tales necesidades como es-

(1) Para su casa.

(2) He habido.

(3) Vos.

Señor.

PARMENO.

CALISTO.

Acompañad esta (1) señora hasta su casa, y vaya con ella tanto placer y alegría, cuanta conmigo queda tristeza y soledad.

CELESTINA.

Quede Dios contigo; mañana será mi vuelta, donde mi manto y la respuesta vernán en un punto (2); pues hoy no hubo tiempo; y súfrete, señor, y piensa en otras cosas.

CALISTO.

Eso no, que es herejía olvidar á aquella por quien la vida me aplace.

(1) Acompañad.

(2) A un punto.

tas, buen acorro es una vieja conocida, amiga, madre y mas que madre; buen meson para descansar sano, buen hospital para sanar enfermo, buena bolsa para necesidad, buena arca para guardar dinero en prosperidad, buen fuego de invierno, rodeado de asadores, buena sombra de verano, buena taberna para comer y beber. ¿Qué dirás, loquillo, á todo esto? Bien sé que estás confuso por lo que hoy has habiado; pues no quiero mas de tí, que Dios no pide mas del pecador de arrepentirse y enmendarse. Mira á Sempronio, yo le hice hombre, de Dios en ayuso; querria que fuésedes como hermanos, porque estando bien con él, con tu amo y con todo el mundo lo estarías. Mira que es bien quisto, diligente, palaciano (1), servidor, gracioso, quiere tu amistad; crecería vuestro provecho dándoos el uno al otro la mano. Pues sabes que es menester que ames, si quieres ser amado; que no se toman truchas á bragas enjutas. Ni te lo debe Sempronio de fuero; simpleza es no querer amar, y esperar de ser amado; locura es pagar la amistad con odio.

PARMENO.

Madre, mi segundo yerro te confieso, y con perdon de lo pasado, quiero que ordenes lo porvenir; pero con Sempronio me parece que es imposible sostenerse amistad. El es desvariado, yo mal sufrido; conciertame esos amigos.

CELESTINA.

Pues no era esta (2) tu condicion.

PARMENO.

A la mi fe, mientras mas fuere creciendo, mas la primera paciencia me olvidara; no soy el que solia; y asimismo Sempronio no hay ni tiene en qué me aproveche.

CELESTINA.

El cierto amigo en la cosa incierta se conoce, en las adversidades se prueba; entonces se allega y con mas de-

(1) Palaciano.

(2) Esa.

seo visita la casa que la fortuna próspera desamparó. ¿Qué te diré, hijo, de las virtudes del buen amigo? No hay cosa mas amada ni mas rara: ninguna carga rehusa. Vosotros sois iguales: la paridad de las costumbres y la semejanza de los corazones es la que mas las sostiene. Cata, hijo mio, que si algo tienes, guardado te está; sabe tú ganar mas, que aquello ganado lo hallaste. Buen siglo haya aquel padre que lo trabajó. No te se puede dar hasta que vivas mas reposado y veagas en edad cumplida.

PARMENO.

¿A qué llamas reposado, tia?

CELESTINA.

Hijo, á vivir por tí; á no andar por casas ajenas, lo cual siempre andarás, mientras no te supieres aprovechar de tu servicio, que de lástima que hube de verte roto pedí hoy (1) el manto, como viste, á Calisto; no por mi manto; pero porque estando el sastre en casa y tú delante sin sayo, te le diese. Así que, no por mi provecho (como yo sentí que dijiste), mas por (2) el tuyo; que si esperas al ordinario galardón destos galanes, es tal, que lo que en diez años sacarás, atarás en la manga. Goza tu mocedad, el buen día, la buena noche, el buen comer y beber, cuando pudieres haberlo no lo dejes, piérdase lo que se perdiera; no llores tú la hacienda que tu amo heredó, que esto te llevarás deste mundo; pues no lo (3) tenemos mas de por nuestra vida. ¡Oh hijo Parmeno! (que bien te puedo decir hijo, pues tanto tiempo te crié), toma mi consejo, pues sale con limpio deseo de verte en alguna honra. ¡Oh cuán dichosa me hallaria en que tú y Sempronio estuviédeses muy conformes, muy amigos y hermanos en todo, en viéndoos venir á mi pobre casa á holgar y á verme, y aun á desenojaros con sendas mochachas!

PARMENO.

¿Mochachas, madre mia?

CELESTINA.

A la hé, mochachas digo, que viejas harto me soy yo. Cual se la tiene Sempronio, y aun sin haber tanta razon, ni tenerle tanta aficion como á tí; que de las entrañas me sale cuanto te digo.

PARMENO.

Señora, no vives engañada.

CELESTINA.

Y aunque lo viva, no me pena mucho, que también lo hago por amor de Dios, y en verte solo en tierra ajena, y mas por aquellos huesos de quien te me encomendó; que tú serás hombre y vernás en conocimiento verdadero, y dirás: la vieja Celestina bien me aconsejaba.

PARMENO.

Y aun agora lo siento, aunque soy mozo; que aunque hoy vias que aquello decia, no era porque me pareciese mal lo que tú hacias; pero porque via que le aconsejaba yo lo cierto, y me daba malas gracias. Pero de aquí adelante demos tras él; haz de las tuyas, que yo callaré; que ya tropecé en no creerte cerca deste negocio con él.

CELESTINA.

Cerca deste (4) y de otros tropezarás y caerás, mientras no tomares mis consejos; que son de amiga verdadera.

PARMENO.

Agora doy por bien empleado el tiempo que siendo niño te servi; pues tanto fruto trae para la mayor edad. Rogaré (5) á Dios por el alma de mi padre, que tal tutriz me dejó, y de mi madre, que á tal mujer me encomendó.

CELESTINA.

No me la nombres, hijo, por Dios, que se me hinchen los ojos de agua. ¿Y tuve yo en este mundo otra tal amiga? otra tal compañera? tal aliviadora (6) de mis traba-

(1) Manto.

(2) Tuyo.

(3) No le.

(4) Destos.

(5) Y rogaré.

(6) Aliviador.

T. III.

jos y fatigas? ¿Quién suplía mis faltas? quién sabia mis secretos? á quién descubria mi corazón? quién era todo mi bien y descanso, sino tu madre, mas que mi hermana y comadre? ¡Oh qué graciosa era! oh qué desventuella, limpia y varonil! Tan sin pena ni temor se andaba á media noche de cimiterio en cimiterio, buscando aparejos para nuestro oficio, como de dia. Ni dejaba cristianos, ni moros, ni judios, cuyos enterramientos no visitaba: de dia los acechaba (1), de noche los desenterraba. Así se holgaba con la noche oscura como tú con el dia claro; decia que aquella era capa de pecadores. Pues maña ¿no tenia con todas las otras gracias? Una cosa te diré, porque veas qué madre perdiste, aunque era para callar; pero contigo todo pasa. Siete dientes quitó á un ahorcado con unas tenacijas de pelar cejas, mientras yo le descalcé los zapatos. ¿Pues entrar en un cerco? Mejor que yo y con mas esfuerzo, aunque yo tenia harto buena fama, mas que agora, que por mis pecados todo se olvidó con su muerte. ¿Qué mas quieres, sino que los mismos diablos la habian miedo? Atemorizados y espantados los tenia con las turbadas voces que les daba; así era dellos conocida, como tú en tu casa; tumbando venian unos sobre otros á su llamado; no le osaban decir mentira, segun la fuerza con que los apremiaba. Después que la perdí, jamás les oi verdad.

PARMENO.

(No la medre Dios mas á esta vieja, que ella me da placer con estos loores de sus palabras.)

CELESTINA.

¿Qué dices, mi honrado Parmeno, mi hijo y mas que hijo?

PARMENO.

Digo que ¿cómo tenia esa ventaja mi madre, pues las palabras que ella y tú decíades eran todas unas?

CELESTINA.

¿Cómo, y desto te (2) maravillas? ¿No sabes que dice el refrán, que mucho va de Pedro á Pedro? Aquella gracia de mi comadre no la alcanzamos (3) todas. ¿No has visto en los oficios unos buenos y otros mejores? Así era tu madre, que Dios haya: la primera (4) de nuestro oficio, y por tal era de todo el mundo conocida y querida, así de caballeros como de clérigos, casados, viejos, mozos y niños. ¿Pues mozas y doncellas? Así rogaban á Dios por su vida, como de sus mismos padres. Con todos tenia que hacer, con todos hablaba: si salíamos por la calle, cuantos topábamos eran sus ahijados, que fué su principal oficio partera diez y seis años. Así que, aunque tú no sabias sus secretos por la tierna edad que habias, agora es razon que los (5) sepas, pues ella es finada y tú hombre.

PARMENO.

Dime, señora: cuando la justicia te mandó prender, estando yo en tu casa, ¿teníades mucho conocimiento?

CELESTINA.

¿Si teníamos, me dices como por burla? Juntas lo hecimos, juntas nos sintieron, juntas nos prendieron y acusaron, y juntas nos diéron la pena esa vez, que creo que fué la primera. Pero muy pequeño eras tú; hoy me espanto (6) cómo te acuerdas, que es la cosa que mas olvidada está en la ciudad. Cosas son que pasan por el mundo; cada dia verás quien peque y pague, si sales á ese mercado.

PARMENO.

Verdad es; pero del pecado lo peor es la perseverancia: que así como el primer movimiento no es en mano del hombre, así el primer yerro; do dicen, que quien yerra se emienda, á Dios se encomienda.

(1) Asechaba.

(2) Deso te.

(3) Alcanzábamos.

(4) La prima.

(5) Lo.

(6) Yo me espanto.

CELESTINA.

(Lastimástemelo, don loquillo. ¿A las verdades nos andamos? Pues espera, que yo tocaré donde te duela.)

PARMENO.

¿Qué dices, madre?

CELESTINA.

Hijo, digo, que sin aquella prendieron cuatro veces á tu madre, que Dios haya (1), y aun la una la levantaron que era bruja, porque la hallaron de noche con unas candelillas cogiendo tierra de una encrucijada, y la tuvieron medio día en una escalera en la plaza puesta; y uno como rocambo pintado en la cabeza. Pero no fué nada: algo han de sufrir los hombres en este triste mundo para sustentar sus vidas y honras; y mira en cuán poco lo tuvo con su buen seso, que ni por eso dejó dende en adelante de usar mejor (2) de su oficio. Esto ha venido por lo que decías del perseverar en lo que una vez se yerra. En todo tenía gracia: que en Dios y en mi conciencia, aunque en (3) aquella escalera estaba (4), parecía que á todos los de abajo no tenía en una blanca, según su meneo y presencia. Así que, los que algo son (5), y valen y saben, como ella, son también los que (6) mas presto yerran. Verás quién fué Vergilio, y qué tanto supo; mas ya habrás oído como estuvo en un cesto colgado de una torre, mirándolo toda Roma; pero por eso no dejó de ser honrado, ni perdió el nombre de Vergilio.

PARMENO.

Verdad es lo que dices; pero eso no fué por justicia.

CELESTINA.

Calla, bobo, poco sabes de achaque de iglesia. ¿Cuánto es mejor por mano de justicia, que de otra manera? Sabíalo mejor el cura, que Dios haya, que viniendo á consolarla, le dijo, que la santa Escritura tenía, que bienaventurados eran los que padecían (7) persecucion por la justicia, y que aquellos poseerían el reino de los cielos. Mira si es mucho pasar algo en este mundo por gozar de la gloria del otro (8); y mas que, según todos decían, á tuerto y sin razon, y con falsos testigos y recios tormentos, la hicieron aquella vez confesar lo que no era; pero con su buen esfuerzo, y como el corazón avezado á sufrir hace las cosas mas leves de lo que son, todo lo tuvo en nada. Que mil veces le oía (9) decir: si me quebré el pié, fué por mi bien, porque soy mas conocida que antes. Así que, todo esto pasó tu buena madre acá; debemos creer que le dará Dios buen pago allá, si es verdad lo que nuestro cura nos dijo, y con esto me consuelo. Pues séme tú (10) como ella, amigo verdadero, y trabaja por ser bueno, pues tienes á quién parezcas, que lo que tu padre te dejó á buen seguro lo tienes.

PARMENO.

Agora dejemos los muertos y las herencias; hablemos en los presentes negocios, que nos va mas que traer los pasados á la memoria. Bien te se acordará no ha mucho que prometiste que me harías haber á Areusa, cuando en mi casa te dije como moría por sus amores.

CELESTINA.

Si te lo prometí, no lo he olvidado, ni creas que he perdido con los años la memoria; que mas de tres jaques ha recibido de mí sobre ello en tu ausencia. Ya creo que estará bien madura; vamos de camino para su casa (11), que no se podrá escapar de mate; que esto es lo menos que yo por tí tengo de hacer.

(1) Solo, y la levantaron que.

(2) Su.

(3) Aun en.

(4) Y.

(5) Son como ella, Plantino.

(6) Son los que.

(7) Padescian por la.

(8) En el otro; mas según que todos.

(9) Oían.

(10) Séyme pues tú.

(11) Por casa.

PARMENO.

Yo ya desconfiaba de la poder alcanzar, porque jamás pude (1) acabar con ella que me esperase á poderle decir una palabra; y como dicen, mala señal es de amor huir y volver la cara; sentí en mi gran desconfianza en esto (2).

CELESTINA.

No tengo en mucho tu desconfiar (3), no me conociendo, ni sabiendo como agora que tienes tanto de tu mano la maestra destas labores. Pues agora verás cuánto por mi causa vales, cuánto con las tales puedo, cuánto sé en casos de amor. Anda paso; ves aquí su puerta; entremos quedo, no nos sientan sus vecinas. Atiende, y espera debajo desta escalera, subiré yo á ver lo que se podrá hacer sobre lo hablado, y por ventura haremos mas que tú ni yo traemos pensado.

AREUSA.

¿Quién anda ahí? ¿Quién sube á tal hora en mi cámara?

CELESTINA.

Quien no te quiere mal (4); quien nunca da paso que no piense en tu provecho; quien tiene mas memoria de tí que de sí (5) misma: una enamorada tuya, aunque vieja.

AREUSA.

(Válala el diablo á esta vieja, con qué viene como estantigua á tal hora.) Tía, señora, ¿qué buena venida es esta tan tarde? Ya me desnudaba para acostarme (6).

CELESTINA.

¿Con las gallinas, hija? Así se hará la hacienda. Andar, pase; otro es el que ha de llorar las necesidades, que no tú; yerba pasce quien lo (7) cumple; tal vida, quien quiera se la querria.

AREUSA.

¡Jesú! Quiérome tornar á vestir, que he frío.

CELESTINA.

No harás por mi vida sino entrarte en la cama, que desde allí (8) hablaremos.

AREUSA.

Así goce de mí, pues que lo he bien menester, que me siento mala hoy todo el día; así que, necesidad mas que vicio me hace (9) tomar con tiempo las sábanas por faldas (10).

CELESTINA.

Pues no estés asentada, acuéstate y métete debajo de la ropa, que parecés sirena. ¡Ay cómo huele toda la ropa en bulléndote! A osadas que está todo á punto; siempre me pagué de tus cosas y hechos, y de tu limpieza y atavío. ¡Qué fresca estás, bendigate Dios! ¿Qué sábanas y qué colcha, qué almohadas y qué blancura! Tal sea mi vejez, cual todo me parece. Perla de oro, verás si te quiere bien quien te visita á tales horas; déjame mirarte á toda voluntad (11), que me huelgo.

AREUSA.

Paso, madre, no llegues á mí, que me haces cosquillas, y provócame á reír, y la risa acrecientame el dolor.

CELESTINA.

¿Qué dolor, mis amores? ¿Burlaste por mi vida conmigo?

AREUSA.

Mal gozo vea de mí si (12) burlo; sino que ha cuatro horas que muero de la madre, que la tengo subida en los

(1) Podía.

(2) Deshucia desto.

(3) Desconfianza.

(4) Por cierto.

(5) De mí misma.

(6) Acostar.

(7) La.

(8) Allá.

(9) Hizo.

(10) Faldetas.

(11) Hé, déjame mirarte toda á voluntad.

(12) Si me burlo.

pechos, que me quiere sacar deste mundo; que no soy tan viciosa como piensas.

CELESTINA.

Pues dame lugar, tentaré; que aun algo sé yo deste mal por mi pecado, que cada una se tiene su madre, y zozobras della.

AREUSA.

Mas arriba la siento sobre el estómago.

CELESTINA.

Bendigate Dios y señor san Miguel, ángel (1), ¡y qué gorda y fresca estás! ¿Qué pechos y qué gentileza! Por hermosa te tenía hasta agora, viendo lo que todos podían ver; pero agora te digo que no hay en la ciudad tres cuerpos tales como el tuyo, en cuanto yo conozco. No parece que hayas quince años. ¡Oh quién fuera hombre, y tanta parte alcanzara de tí para lograr (2) tal vista! Por Dios, pecado ganas en no dar parte destas gracias á todos los que bien te quieren; que no te las dió Dios para que pasasen en balde por el frescor de tu juventud debajo de seis dobleces de paño y lienzo. Cata que no seas avarenta de lo que poco te costó, no atoresos tu gentileza; pues es de su natura tan comunicable como el dinero; no seas como el perro del hortelano (3); y pues (4) no puedes de tí propia gozar, goce quien puede. Que no creas que en balde fuiste criada, que cuando nasce ella nasce él, y cuando él ella. Ninguna cosa hay criada en el mundo (5) superflua, ni que con acordada razon no proveyese della natura. Mira que es pecado fatigar y dar pena á los hombres, pudiéndolos remediar.

AREUSA.

A la hé agora, madre, ya no me quiere ninguno; dame algun remedio para mi mal, y no estés burlando de mí.

CELESTINA.

Deste tan comun dolor todas somos, mal pecado, maestras. Lo que he visto á muchas hacer, y lo que á mí siempre me aprovecha, te diré; porque como las calidades de las personas son diversas, así las medicinas (6) hacen diversas sus operaciones y diferentes. Todo el olor fuerte es bueno, así como de póleo, ruda, enciensos (7), humo de plumas de perdiz, de romero, de mosquete, de encienso recibido con mucha diligencia, aprovecha y alfoja el dolor, y vuelve poco á poco la madre á su lugar. Pero otra cosa hallaba yo siempre por mejor (8) que todas, y esta no te la quiero (9) decir, pues tan sancta te me haces.

AREUSA.

¿Qué, por mi vida, madre? Vesme penada, ¿y encúbrame la salud?

CELESTINA.

Anda, que bien me entiendes, no te hagas boba.

AREUSA.

Ya, ya; mala landre me mate, si te entendía; pero ¿qué quieres que haga? Sabes que se partió ayer aquel mi amigo con su capitán á la guerra: ¿habiale de hacer ruindad?

CELESTINA.

Verás, ¡y qué daño, y qué gran ruindad!

AREUSA.

Por cierto si sería; que me da todo lo que he menester, tiéneme honrada, favoreceme y tratame como si fuese su señora.

CELESTINA.

Pero aunque todo eso sea, mientras no parieres, nunca te faltará este mal de ahora, de lo cual él debe ser causa; y si no crees en dolor, cree en color, y verás lo que viene de su sola compañía.

(1) Arcangel.

(2) Gozar.

(3) Hortolano.

(4) Tú.

(5) Al mundo.

(6) Melecinas.

(7) Asencios.

(8) Mejor que.

(9) No te quiero.

AREUSA.

No es sino mi mala (1) dicha; maldicion mala mis padres me echaron. Qué, ¿está ya por probar todo eso? Pero dejemos esto (2), que es tarde, y dime, ¿á qué fué tu venida (3)?

CELESTINA.

Ya sabes lo que de Parmeno te hube dicho; quéjame que aun ver no le quieres; no sé por qué (4), sino porque sabes que lo quiero yo bien, y le tengo por hijo. Pues por cierto, de otra manera miro yo á tus (5) cosas; que hasta tus vecinas me parecen bien y se me alegra el corazón cada vez que las veo, porque sé que hablan (6) contigo.

AREUSA.

No vives, tía señora, engañada.

CELESTINA.

No lo sé, á las obras creo, que las palabras de balde las venden donde quiera; porque el amor nunca se paga sino con puro amor, y las obras con obras. Ya sabes el deudo que hay entre tí y Elicia, la cual tiene Sempronio en mi casa: Parmeno y él son compañeros, sirven á este señor que tú conoces, y por quien tanto favor podrás tener. No me niegues (7) lo que tan poco hacer te cuesta. Vosotras parientas, ellos compañeros; mira cómo viene mejor medido que lo (8) queremos; aquí viene conmigo, verás si quieres que suba.

AREUSA.

¡Amarga de mí, si nos ha oído!

CELESTINA.

No, que abajo queda; quiérole hacer subir; resciba tanta gracia que le conozcas y hables, y muestres buena cara. Y si tal te pareciere, goce él de tí, y tú dél; que aunque él gane mucho, tú no pierdes nada.

AREUSA.

Bien tengo, señora, conocimiento como todas tus razones, estas y las pasadas, se enderezan en mi provecho; pero ¿cómo quieres que haga tal cosa, que tengo á quien dar cuenta, como has oído, y si soy sentida, matarme há? Tengo vecinas envidiosas; luego lo dirán. Así que, aunque no haya mas de perdello, será mas que ganaré (9) en agrandar al que me mandas.

CELESTINA.

Eso que temes, yo lo provee primero, que muy paso entramos.

AREUSA.

No lo digo por esta noche, sino por otras muchas.

CELESTINA.

¿Cómo, desas eres? ¿Desta manera te tratas? Nunca tú harás cosa (10) con sobrado. Ausente le has miedo; ¿qué harías si estuvieses en la ciudad? En dicha me cabe, que jamás ceso de dar consejo (11) á bobos, y todavía hay quien yerre; pero no me maravillo, que es grande el mundo, y pocos los experimentados. ¡Ay, ay, hija! Si vieses el saber de tu prima, y cuánto le (12) ha aprovechado mi crianza y consejo, y qué gran maestra está, y aun que no se halla ella mal con mis castigos; que uno en la cama, y otro en la (13) puerta, y otro que sospira por ella en su casa, se precia de tener; y con todos cumple, y á todos muestra buena cara, y todos piensan que son muy queridos, y cada uno piensa que no hay otro, y que él solo

(1) En mala.

(2) Eso.

(3) Buena venida.

(4) Porque no.

(5) Yo tus.

(6) Se hablan contigo.

(7) No niegues.

(8) Lo que.

(9) Ganar.

(10) Casa.

(11) Consejos.

(12) Qué tanto le.

(13) En la su.

es el privado, y él solo es el que le da lo que ha menester: ¿y tú tienes que con dos que tengas, que las tablas de la cama lo han de descubrir? ¿De una sola gotera te mantienes? No te sobrarán muchos manjares; no quiero arrendar tus escamochos. Nunca uno me agradó, nunca en uno puse toda mi afición. Mas pueden dos, mas cuatro, y mas dan y mas tienen, y mas hay en qué escoger. No hay cosa mas perdida, hija, que el mur que no sabe sino un horado; si aquel le tapan, no sabrá adónde se esconder (1) del gato. Quien no tiene sino un ojo, mira á cuánto peligro anda. Una ánima sola ni canta ni llora; un solo acto no hace hábito; un fraile solo pocas veces lo encontrarás por la calle; una perdiz sola por maravilla vuela; un manjar solo contino presto pone hastío; una golondrina no hace verano; un testigo solo no es entera fe; quien sola una ropa tiene presto la envejece. ¿Qué quieres, hija, deste número de uno? Mas inconvenientes te diré del, que años tengo acuestas. Ten siquiera dos, que es compañía loable; como tienes dos orejas, dos piés, dos manos, dos ojos y dos sábanas en la cama; como dos camisas para remudar; y si mas quisieres, mejor te irá, que mientras mas moros, mas ganancia. Honra sin provecho no es sino como anillo en el dedo; y pues entrambos no caben en un saco, acoge la ganancia. Sube, hijo Parmeno.

AREUSA.

No suba; landre me mate, que me fino de empacho; que no lo conozco, siempre hube vergüenza del.

CELESTINA.

Aquí estoy yo que te la quitaré, y cubriré y hablaré por entrambos, que otro tal empachado es él.

PARMENO.

Señora, Dios salve tu graciosa presencia.

AREUSA.

Gentil hombre, buena sea tu venida.

CELESTINA.

Llégate acá, asno, ¿adónde te vas allá á sentar al rincón? No seas empachado, que al hombre vergonzoso el diablo trajo (2) á palacio. Oídme entrambos lo que digo: ya sabes tú, Parmeno amigo, lo que te prometí, y tú, hija mia, lo que te tengo rogado; dejada aparte la dificultad con que me lo has concedido. Pocas razones son necesarias, porque el tiempo no lo padecese. El siempre ha vivido penado por ti; pues viendo su pena, sé que no le querrás matar, y aun conozco que él te parece tal, que no será malo para quedarse acá esta noche en casa.

AREUSA.

Por mi vida, madre, que tal no sea (3). Jesús, no me lo mandes.

PARMENO.

Madre mia, por amor de Dios, que no salga yo de aquí sin buen concierto, que me ha muerto de amores su vista; ofrécele cuanto mi padre te dejó para mí; dile que le darás cuanto tengo. Ea, díselo, que me parece que no me quiere mirar.

AREUSA.

¿Qué te dice ese señor á la oreja? ¿Piensa que tengo de hacer nada de lo que pides (4)?

CELESTINA.

No dice, hija, sino que se huelga mucho con tu amistad, porque eres persona tan honrada, en quien cualquier beneficio cabrá bien. Llégate acá, negligente, vergonzoso, que quiero ver para cuanto eres, antes (5) que me vaya; retózala en esa (6) cama.

AREUSA.

No será él tan descortés, que entre en lo vedado sin licencia.

- (1) No habrá donde se esconda.
- (2) Lo trajo.
- (3) Se haga.
- (4) Pide.
- (5) Ante.
- (6) Esta.

CELESTINA.

¿En cortesías y licencias estás? No esperó mas aquí; yo fiadora que tú amanezas sin dolor, y él sin color; mas como es un putillo, gallillo, barbigoniente, entiendo que en tres noches no se le muda la cresta (1). Destos me mandaban á mi comer en mi tiempo los médicos de mi tierra, cuando tenia mejores dientes.

AREUSA.

Ay, señor mio, no me trates de tal manera; ten mesura por cortesía; mira las canas de aquella vieja honrada que están presentes. Quitate allá, que no soy de aquellas que piensas; no soy de las que públicamente están á vender sus cuerpos por dinero. Así goce de mí, de casa me salga, si hasta que Celestina mi tia sea ida, á mi ropa tocas.

CELESTINA.

¿Qué es eso (2), Areusa? ¿Qué son esas (3) estrañezas y esquividad? estas novedades y retraimientos? Paresce, hija, que no sé yo qué cosa es esto; que nunca ví estar un hombre con una mujer juntos; que jamás pasé por ello, ni gocé de lo que gozas; y que no sé lo que pasan, y lo que dicen y hacen. ¿Guay de quien tal oye como yo! Pues avísote de tanto que fui errada como tú, y tuve amigos; pero nunca el viejo ni la vieja echaba de mi lado, ni su consejo en público ni en secreto. Para la muerte que á Dios debo, mas querría una gran bofetada en mitad de mi cara. Paresce que ayer nascí, segun tu encubrimiento. Por hacerte á tí honesta, me haces á mi nescia y vergonzosa, y de poco secreto y sin experiencia, y me amenguas en mi oficio por alzarte (4) á tí en el tuyo. Pues de cosario á cosario no se pierden mas que los barriles; mas te alabo yo detrás, que tú te estimas delante.

AREUSA.

Madre, si erré haya perdon, y llégate mas acá, y él haga lo que quisiere; que mas quiero tener á tí contenta, que no á mí; antes me quebraré un ojo que enojarte.

CELESTINA.

No tengo ya enojo; pero dígotelo para en adelante. Quedaos adios, que me voy sola (5), porque me haceis dentera con vuestro besar y retozar; que aun el sabor en las encias me quedó, no le perdí con las muelas.

AREUSA.

Dios vaya contigo.

PARMENO.

Madre, ¿mandas que te acompañe?

CELESTINA.

Sería quitar de un santo para poner en otro. Acompañeos Dios, que yo vieja soy, que no he temor (6) que me fuereen en la calle.

ELICIA.

El perro ladra: ¿si vendrá este diablo de vieja?

CELESTINA.

Ta, ta, ta.

ELICIA.

¿Quién es, quién llama?

CELESTINA.

Bájame á abrir, hija.

ELICIA.

Estas son tus venidas: andar de noche es tu placer; ¿por qué lo haces? ¿Qué larga estada fué esta, madre? Nunca sales para volver á casa. Por costumbre lo tienes; cumpliendo con uno dejas ciento descontentos; que has sido hoy buscada del padre de la desposada que llevaste el día de pascua al racionero, que la quiere casar de aquí á tres días, y es menester que la remedies, pues que se lo prometiste, para que no sienta su marido la falta de la virginidad.

- (1) Demuda la cresta.
- (2) Esto.
- (3) Estas.
- (4) Ensalzarte.
- (5) Voyme sola.
- (6) Miedo.

CELESTINA.

No me acuerdo, hija, por quién dices.

ELICIA.

¿Cómo no te acuerdas? Desacordada eres cierto. ¿Oh cómo cada la memoria! Pues por cierto tú me dijistes cuando la llevabas, que la habias renovado siete veces.

CELESTINA.

No te maravilles, hija, que quien en muchas partes derrama su memoria, en ninguna la puede tener. Pero dime si tornará.

ELICIA.

Mire, si tornará. Tienete dada una manilla de oro en prendas de tu trabajo, y ¿no habia de venir?

CELESTINA.

¿La de la manilla es? Ya sé por quién dices. ¿Por qué tú no tomabas el aparejo, y comenzabas á hacer algo? Pues en aquellas tales te habias de avezar y de probar; de cuántas veces me lo has visto hacer! Si no, ahí te estarás toda tu vida hecha bestia sin oficio ni renta; y cuando seas de mi edad llorarás la holgura de agora: que la mocedad ociosa acarrea la vejez arrepentida y trabajosa. Hacialo yo mejor cuando tu abuela, que Dios haya, me mostraba este oficio, que á cabo de un año sabia mas que ella.

ELICIA.

No me maravillo, que muchas veces, como dicen, al maestro sobrepuja el buen discípulo, y no va esto sino

en la gana con que se aprende. Ninguna sciencia es bien empleada en el que no la tiene afición; yo le tengo á este oficio odio, tú mueres tras ello.

CELESTINA.

Tú te lo dirás todo. Pobre vejez quieres. ¿Piensas que nunca has de salir de mi lado?

ELICIA.

Por Dios, dejemos enojo, y al tiempo el consejo. Hayamos mucho placer. Mientras hoy tuviéremos de comer, no pensemos en mañana. Tan bien se muere el que mucho allega, como el que pobremente vive, y el doctor como el pastor, y el papa como el sacristán, y el señor como el siervo, y el de alto linaje como el de bajo; y tú con tu oficio, como yo sin ninguno, no habemos de vivir siempre; gocémonos y holguémonos (1), que la vejez pocos la ven, y de los que la ven ninguno murió de hambre. No quiero en este mundo sino dia y vito, y parte en paraíso; que aunque los (2) ricos tienen mejor aparejo para ganar la gloria, que quien poco tiene, no hay ninguno (3) contento, no hay quien diga, *harto tengo*; no hay ninguno que no trocase (4) mi placer por sus dineros. Dejemos cuidados ajenos, y acostémonos, que es hora; que mas me engordará un buen sueño sin temor, que cuanto tesoro hay en Venecia.

(1) Gocemos y holguemos.

(2) Aunque los.

(3) Ningun.

(4) Alguno con quien trocase.

ACTO OCTAVO.

ARGUMENTO.

La mañana viene; despierta Parmeno, y despídese de Areusa; vase (1) para casa de Calisto su señor; halla (2) á la puerta á Sempronio; conciertan su amistad. Van juntos á la cámara de Calisto; hallante hablando consigo mismo: levantado va á la iglesia.

PARMENO, AREUSA, CALISTO, SEMPRONIO.

PARMENO.

Amanesce, ¿ó qué es esto que tanta claridad está en esta cámara?

AREUSA.

¿Qué amanecer? Duerme, señor, que aun agora nos acostamos. No he yo pegado los ojos, ¿ya habia de ser de dia? Abre, por Dios, esa ventana de tu cabecera, y verlo has.

PARMENO.

En mi seso estó yo, señora, que es de dia claro, en ver entrar luz por entre las puertas. ¿Oh traidor de mí! ¿En qué gran falta he caído con mi amo! De mucha pena soy digno. ¿Oh qué tarde es!

AREUSA.

¿Tarde?

PARMENO.

Y muy tarde.

AREUSA.

Pues así goce de mi ánima, que no se me ha quitado el mal de la madre. No sé cómo puede (3) ser.

PARMENO.

¿Pues qué quieres, mi vida?

(1) Y vase.

(2) Halló.

(3) Pueda.

AREUSA.

Que hablemos en mi mal.

PARMENO.

Señora, si lo hablado no basta, lo que mas es necesario me perdona, porque es ya mediodía. Si voy mas tarde, no será bien rescebido de mi amo; yo verné mañana y cuantas veces después mandares, que por eso hizo Dios un dia tras otro, porque lo que en uno no bastase, se cumpliese en otro. Y aun porque mas nos veamos, resciba de tí esta gracia, que te vayas hoy á las doce del dia á comer con nosotros á su casa de Celestina.

AREUSA.

Que me place, de buen grado. Ve con Dios, junta tras tí la puerta.

PARMENO.

Adios te quedés. ¿Oh placer singular, oh singular alegría! ¿Cuál hombre es ni ha sido mas bienaventurado que yo? cuál mas dichoso y bienandante? ¿Que un tan escelente don sea por mí poseído, y cuan presto pedido, tan presto alcanzado! Por cierto si las traiciones desta vieja con mi corazon yo pudiese sufrir, de rodillas habia de andar á la complacer. ¿Con qué pagaré yo esto? ¿Oh alto Dios! ¿A quién contaría yo este gozo; á quién descubriría tan gran secreto; á quién daré yo parte de mi gloria? Bien me decia la vieja, que de ninguna prosperidad es buena la posesion sin compañía. El placer no comunicado no es placer. ¿Quién sentiria esta mi dicha

como yo la siento? A Sempronio veo á la puerta de casa; mucho ha madrugado. Trabajo tengo con mi amo, si es salido fuera: no será, que no es acostumbrado; pero como agora no anda en su seso, no me maravillo que haya pervertido su costumbre.

SEMPRONIO.

Parmeno hermano, si yo supiese aquella tierra donde se gana el sueldo durmiendo, mucho haría por ir allá, que no daría ventaja á ninguno; tanto ganaría como otro cualquiera (1). Y ¿cómo, holgazán, descuidado fuiste para no tornar? No sé qué crea de tu tardanza, sino que quedaste á escalar la vieja esta noche, ó á rascarle los piés (2), como cuando chiquito.

PARMENO.

¡Oh Sempronio, amigo y mas que hermano! Por Dios no corrompas (3) mi placer, no mezcles tu ira con mi sufrimiento, no revuelvas (4) tu descontentamiento con mi descanso, no agües con tan turbia agua el claro licor (5) del pensamiento que traigo, no enturbies con tus envidiosos castigos y odiosas reprensiones mi placer. Rescíbeme con alegría, y contarte he maravillas de mi buena andanza pasada.

SEMPRONIO.

Dilo, dilo: ¿es algo de Melibea? ¿Hásla visto?

PARMENO.

¿Qué de Melibea? Es de otra que yo mas quiero; y aun tal, que si no estoy engañado, puede vivir con ella en gracia y hermosura; sé que (6) no se encerró el mundo y todas sus gracias en ella.

SEMPRONIO.

¿Qué es esto, desvariado? Reirme querría, sino que no puedo. Ya todos amamos, el mundo se va á perder. Calisto á Melibea, yo á Elicia, tú de envidia has buscado con quien perder ese poco de seso que tienes.

PARMENO.

¡Luego locura es amar, y yo soy loco y sin seso! Pues si la locura fuese (7) dolores, en cada casa (8) habría voces.

SEMPRONIO.

Segun tu opinion, si eres; que yo te he oido dar consejos vanos á Calisto, y contradecir á Celestina en cuanto hablaba (9); y por impedir mi provecho y el suyo, huelgas de no gozar tu parte (10). Pues, don villano, murmurador, á las manos me has venido donde te podré dañar, y lo haré.

PARMENO.

No es, Sempronio, verdadera fuerza y poderio dañar y empescer; mas aprovechar y guarescer, y mayor (11) quererlo hacer. Yo siempre te tuve por hermano; no se cumpla por Dios en tí lo que dicen: que pequeña causa desparte conformes amigos. Muy mal me tratas, no sé de dónde nace este rancor. No me indignes, Sempronio, con tan lastimeras razones. Cata, que es muy rara la paciencia que agudo baldon no penetre y traspase.

SEMPRONIO.

No digo mas en esto, sino que se eche otra sardina para el mozo de caballos, pues tú tienes amiga.

PARMENO.

Estás enojado; quiérote sufrir, aunque mas mal me trates; pues dicen que ninguna humana pasion es perpetua ni durable.

(1) Como cualquiera.

(2) A rascar los piés.

(3) Corrompas.

(4) Revuelvas.

(5) Licor.

(6) Si, que.

(7) Fuesen.

(8) En casa.

(9) Habla.

(10) Pues á las manos, don villano.

(11) Muy mayor.

SEMPRONIO.

Mas maltratas tú á Calisto, aconsejando á él lo que para tí huyes, diciendo que se aparte de amar á Melibea, hecho tablilla de meson, que para sí no tiene abrigo y dalo á todos. ¡Oh Parmeno! Agora podrás ver cuán fácil cosa es reprender vida ajena, y cuán duro guardar cada cual la suya. No digo mas, pues tú eres testigo; y de aquí adelante veremos cómo te has, pues ya tienes tu escudilla como cada cual. Si tú mi amigo fueras, en la necesidad que de tí tuve me habias de favorecer, y ayudar á Celestina en mi provecho, y no hincar un clavo de malicia á cada palabra. Sabe que como la hez de la taberna despide á los borrachos, así la adversidad ó necesidad al fingido amigo: luego se descubre el falso metal dorado por encima.

PARMENO.

Oido lo habia decir, y por experiencia lo veo, nunca venir placer sin contraria zozobra en esta triste vida: á los alegres, serenos y claros soles, nublados oscuros y pluvias vemos suceder; á los solaces y placeres, dolores y muertes los acompañan (1); á las risas y deleites, llantos y lloros y pasiones mortales los siguen; finalmente, á mucho descanso y sosiego, mucho pesar y tristeza. ¿Quién podria (2) tan alegre venir como yo agora? ¿quién tan triste recibimiento padecer? ¿quién verse como yo me vi, con tanta gloria alcanzada con mi querida Areusa? ¿quién caer della, siendo tan mal tratado tan presto, como yo de tí? Que no me has dado lugar á podértelo decir (3) cuanto soy tuyo, cuánto te he de favorecer en todo, cuanto soy arrepiso de lo pasado, cuántos consejos y castigos buenos he rescebido de Celestina en tu favor y provecho, y de todos; cómo, pues este juego de nuestro amo y Melibea está en nuestras manos (4), podremos agora medrar, ó nunca.

SEMPRONIO.

Bien me agradan tus palabras, si tales tuvieses las obras, á las cuales espero para haberte de crear. Pero, por Dios, que me digas, ¿qué es eso que dijiste de Areusa? Parece que conoces tú á Areusa, su prima de Elicia.

PARMENO.

¿Pues qué es todo el placer que traigo, sino haberla alcanzado?

SEMPRONIO.

¿Cómo se lo dice el boho (5)! De risa no puede hablar: ¿á qué llamas haberla alcanzado? ¿Estaba en alguna (6) ventana, ó qué es esto (7)?

PARMENO.

A ponerla en duda, si queda (8) preñada ó no.

SEMPRONIO.

Espantado me tienes: *mucho puede el continuo trabajo*, una continua gotera horadará una piedra.

PARMENO.

Verás que tan continua (9), que ayer lo pensé y ya la tengo por mia.

SEMPRONIO.

La vieja anda por ahí.

PARMENO.

¿En qué lo ves?

SEMPRONIO.

Que allá me habia dicho que te queria mucho, y que te la haria haber. Dichoso fuiste, no beciste sino llegar y recaudar: por esto dicen: *mas vale á quien Dios ayuda, que á quien mucho madruza*; pero tal padrino tuviste.

(1) Ocupan.

(2) Podrá.

(3) Poderte decir.

(4) Nos está entre las manos.

(5) Al boho.

(6) A alguna.

(7) Eso.

(8) Quedase.

(9) Continuo.

PARMENO.

Di madrina, que es mas cierto; así que, *quien á buen árbol se arrima, buena sombra le cobija*. Tarde fui (1), pero temprano recaudé. ¡Oh hermano! ¿Qué te contaria de sus gracias de aquella mujer, de su habla y hermosura de su cuerpo? Pero quede para mas oportunidad.

SEMPRONIO.

¿Puede ser sino prima de Elicia? No me dirás tú tanto (2), cuanto estotra no tenga mas: todo lo creo; pero ¿qué te cuesta? ¿Hasle dado algo?

PARMENO.

No, cierto; mas aunque hubiera, era bien empleado; de todo bien es capaz. En tanto son las tales tenidas, cuanto caro son compradas; tanto valen cuanto cuestan; nunca mucho costó poco, sino á mi esta señora. A comer la convidé para casa de Celestina, y si te place vamos todos allá.

SEMPRONIO.

¿Quién, hermano?

PARMENO.

Tú y ella, y allá está la vieja y Elicia: habremos placer.

SEMPRONIO.

¡Oh Dios! y cómo me has alegrado! Franco eres, nunca te faltaré. Como te tengo por hombre, como creo que Dios te ha de hacer bien, todo el enojo que de tus pasadas hablas tenia, se me ha tornado en amor. No dudo ya tu confederacion con nosotros ser la que debe. Abrazarte quiero, seamos como hermanos, vaya el diablo para ruin; sea lo pasado cuestion (3) de San Juan, y así paz para todo el año, que las iras de los amigos siempre suelen ser reintegracion del amor. Comamos y holguemos, que nuestro amo ayunará por todos.

PARMENO.

¿Y qué hace el desesperado?

SEMPRONIO.

Allí está tendido en el estrado cabe la cama, donde le dejaste anoche: que no ha dormido ni está despierto. Si alla entro, ronca; si me salgo, canta ó devanea: no le tomo tiento, si con aquello pena ó descansa.

PARMENO.

¿Qué dices? ¿Y nunca me ha llamado, ni ha tenido memoria de mí?

SEMPRONIO.

No se acuerda de sí, ¿acordarse ha de tí?

PARMENO.

Aun hasta en esto me ha corrido buen tiempo. Pues así es, mientras recuerda, quiero enviar la comida á que la aderescen.

SEMPRONIO.

¿Qué has pensado enviar para que aquellas loquillas te tengan por hombre cumplido, bien criado y franco?

PARMENO.

En casa llena presto (4) se adereza la cena; de lo que hay en la despensa basta para no caer en falta. Pan blanco, vino de Morviedro (5), un pernil de tocino, y mas seis pares de pollos que trajeron estotra día los renteros de nuestro amo; que si los pidiese, haréle creer que los ha comido; y las tórtolas que mandó para hoy guardar, dírele que hedian: tú serás testigo. Ternemos manera como á él no haga mal lo que dellas comiere, y nuestra mesa esté como es razon. Y allá hablaremos mas largamente en su daño y nuestro provecho con la vieja cerca destos amores.

SEMPRONIO.

Mas dolores: que por fe tengo que de muerto ó loco no escapa esta vez. Pues que así es, despacha, subamos á ver qué hace.

(1) Fue.

(2) No dirás tanto.

(3) Question.

(4) Pronto.

(5) Morviedro.

CALISTO.

En gran peligro me veo;
En mi muerte no hay tardanza:
Pues que me pide el deseso
Lo que me niega esperanza.

PARMENO.

Escucha, escucha, Sempronio, trovando (1) nuestro amo.

SEMPRONIO.

¡Oh hideputa, y qué trovador! El gran Antipater sidonio, el gran poeta Ovidio, á los cuales de improviso se les venian las razones metrificadas á la boca.

PARMENO.

Sí, sí, de esos es: trovará el diablo; está devaneando entre sueños.

CALISTO.

Corazon, bien se te emplea
Que penes y vivas triste;
Pues tan presto te venciste
Del amor de Melibea.

PARMENO.

¿No digo yo que trova?

CALISTO.

¿Quién habla en la sala? Mozos.

PARMENO.

Señor.

CALISTO.

¿Es muy de noche? ¿Es hora de acostar?

PARMENO.

Mas ya es, señor, tarde para levantar.

CALISTO.

¿Qué dices, loco? ¿Toda la noche es pasada?

PARMENO.

Y aun harta parte del día.

CALISTO.

Di, Sempronio, ¿miente ese desvariado que me hace creer que es de día?

SEMPRONIO.

Olvida, señor, un poco á Melibea, y verás la claridad: que con la mucha que en su gesto contemplas, no puedes ver de encandilado, como perdiz con la calderuela.

CALISTO.

Agora te creo (2), que tañen á misa. Daca mis ropas, iré á la Magdalena, rogaré á Dios que enderesce (3) á Celestina, y ponga en corazon á Melibea mi remedio, ó dé fin en breve á mis tristes dias.

SEMPRONIO.

No te fatigues tanto; no lo quieras todo en una hora, que no es de discretos desear con grande eficacia lo que se puede tristemente acabar. Si tú pides que se concluya en un día lo que en un año seria harto, no es mucha tu vida.

CALISTO.

Quieres decir que soy como el mozo del escudero gallego.

SEMPRONIO.

No mande Dios que tal cosa yo diga, que eres mi señor; y mas desto sé que como me galardonas (4) el buen consejo, me castigarias lo mal hablado. Aunque dicen que no es igual la alabanza del servicio ó buena habla, como la reprension y pena de lo mal hecho ó hablado.

CALISTO.

No sé quién te avezó tanta filosofia, Sempronio.

SEMPRONIO.

Señor, no es todo blanco aquello que de negro no tiene semejanza, ni es todo oro cuanto amarillo reluce. Tus

(1) Está.

(2) Lo creo.

(3) Aderece.

(4) Galardonaras.

acelerados deseos, no medidos con razon, hacen parecer claros mis consejos. Quisieras tú ayer que te trajeran á la primera habla amanajada y envuelta en su cordon á Melibea, como si hubieras enviado por otra cualquier mercadería á la plaza, en que no hubiera mas trabajo de llegar y pagarla. Da, señor, alivio al corazon, que en poco espacio de tiempo no cabe gran bienaventuranza. Un golpe solo (1) no derriba un roble. Apercibete con sufrimiento, porque la prudencia es cosa loable, y el apercibimiento resiste al (2) fuerte combate.

CALISTO.

Bien has dicho, si la calidad de mi mal lo consintiese.

SEMPRONIO.

¿Para qué, señor, es el seso, si la voluntad priva á la razon?

CALISTO.

¡Oh loco, loco! Dice el sano al doliente: Dios te dé salud. No quiero consejo, ni esperarte mas razones, que mas avivas y enciendes las llamas que me consumen. Yo me voy solo á misa, y no tornaré á casa hasta que me llameis, pidiéndome albricias de mi gozo con la buena venida de Celestina; ni comeré hasta entonces, aunque primero sean los caballos de Febo apascentados (3) en aquellos verdes prados que suelen, cuando han dado fin á su jornada.

SEMPRONIO.

Deja, señor, esos rodeos; deja esas poesias, que no es habla conveniente la que á todos no es comun, la que todos no participan, la que pocos entienden. Di, aunque se

(1) Un solo golpe.

(2) El.

(3) Aposentados.

ponga el sol, y sabrán todos lo que dices; y come alguna conserva, con que tanto (1) tiempo te sostengas.

CALISTO.

Sempronio, mi fiel criado, mi buen consejero, mi leal servidor, sea como á ti te parece; que por cierto tengo, segun tu limpieza de servicio, quieres tanto mi vida como la tuya.

SEMPRONIO.

¿Créeslo tú, Parmeno? Bien sé que no lo jurarias. Acuérdate si fueres por conserva, apañes un bote para aquella genticilla (2), que nos va mas; y á buen entendedor, etc. En la bragueta cabrá.

CALISTO.

¿Qué dices, Sempronio?

SEMPRONIO.

Dije, señor, á Parmeno, que fuese por una tajada de diacitron.

PARMENO.

Héla aquí, señor.

CALISTO.

Daca.

SEMPRONIO.

Verás qué engullir hace el diablo: entero lo quiere tragar por mas apriesa hacer.

CALISTO.

El alma me ha tornado. Quedaos adios (3), hijos; esperad la vieja, é id por buenas albricias.

PARMENO.

Allá irás con el diablo tú y malos años, y en tal hora comieses el diacitron, como Apuleyo el veneno que le convirtió en asno.

(1) Espacio de.

(2) Genticilla.

(3) Con Dios.

ACTO NOVENO.

ARGUMENTO.

Sempronio y Parmeno van á casa de Celestina, entre sí hablando. Llegados allá, hallan á Elicia y á Areusa. Pónense á comer, y entre comer riñe Elicia con Sempronio, levántase de la mesa, tórnanla á apaciguar. En este comedio viene Lucrecia, criada de Melibea, á llamar á Celestina, que vaya á estar con Melibea.

SEMPRONIO, PARMENO, CELESTINA, ELICIA, AREUSA, LUCRECIA.

SEMPRONIO.

Baja, Parmeno, nuestras capas y espadas, si te parece, que es hora que yamos á comer.

PARMENO.

Vamos presto; ya creo que se quejarán de nuestra tardanza. No por esta calle, sino por estotra; porque nos entremos por la iglesia, y veremos si hubiere acabado Celestina sus devociones, llevarla hemos de camino.

SEMPRONIO.

A donosa hora ha de estar rezando.

PARMENO.

No se puede decir sin tiempo hecho lo que en todo tiempo se puede hacer.

SEMPRONIO.

Verdad es; pero mal conoces á Celestina: cuando ella tiene que hacer, no se acuerda de Dios, ni cura de santidades. Cuando hay que roer en casa, sanos están los santos: cuando va á la iglesia con sus cuentas en la mano,

no sobra el comer en casa. Aunque ella te crió, mejor conozco yo sus propiedades que tú; lo que en sus cuentas reza es los virgos que tiene á cargo, y cuántos enamorados hay en la ciudad, y cuántas mozas tiene encomendadas, y qué despenseros le dan racion, y cuál mejor, y cómo les llaman por nombre, porque cuando los encontrare no hable como estraña, y qué canónigo es mas mozo y franco. Cuando meneá los labrios es fingir mentiras, ordenar cautelas para haber dinero. Por aquí le entraré, esto me responderá, esto replicaré: así vive esta que nosotros mucho honramos.

PARMENO.

Mas que eso sé yo; sino porque te enojaste estotra dia, no quiero hablar; cuando lo dijiste á Calisto.

SEMPRONIO.

Aunque lo sepamos para nuestro provecho, no lo publiquemos para nuestro daño. Saberlo (1) nuestro amo es echarlo por quien es, y no curar della. Dejándola, verná forzado otra, de cuyo trabajo no esperemos parte comé

(1) A saberlo.

desta, que de grado ó por fuerza nos dará de lo que le diere.

PARMENO.

Bien has dicho; calla, que está abierta la puerta. En casa está: llama antes que entres, que por ventura estén revueltas, y no querrán ser así vistas.

SEMPRONIO.

Entra, no cures, que todos somos de casa; ya ponen la mesa.

CELESTINA.

¡Oh mis enamorados, mis perlas de oro! Tal me venga el año cual me parece vuestra venida.

PARMENO.

¿Qué palabras tiene la noble! Bien ves, hermano, estos halagos fingidos.

SEMPRONIO.

Déjala, que deso vive; que no sé quién diablos le mostró tanta ruindad.

PARMENO.

La necesidad y pobreza; la hambre, que no hay mejor maestra en el mundo: no hay mejor despertadora y avivadora de ingenios. ¿Quién mostró á las picazas y papagayos imitar nuestra propia habla con sus harpadas lenguas, y nuestro órgano y voz, sino esta?

CELESTINA.

Mochachas, mochachas bobas, andad acá bajo, presto; que estan aquí dos hombres que me quieren forzar.

ELICIA.

Mas nunca (1) vinieran; y mucho convidar con tiempo, que ha tres horas que está aquí mi prima. Este perezoso de Sempronio habrá sido causa de la tardanza, que no ha ojos por do verme (2).

SEMPRONIO.

Calla, mi señora, mi vida, mis amores; que quien á otro sirve no es libre: así que, sujecion me relleva de culpa. No háyamos enojo, asentémonos á comer.

ELICIA.

Así; para asentar á comer muy diligente: á mesa puesta con tus manos lavadas y poca vergüenza.

SEMPRONIO.

Después reñiremos, comamos agora. Aséntate, madre Celestina, tú primero.

CELESTINA.

Asentaos vosotros, mis hijos, que harto lugar hay para todos (3); tanto nos diesen del paraíso cuando allá vamos. Poneos en orden, cada uno cabe la suya; yo que estoy sola porné cabe mi este jarro y taza, que no es mas mi vida de cuanto con ello hablo. Después que me fui haciendo vieja, no sé mejor oficio á la mesa que escanciar; porque quien la miel trata, siempre se le apega della. Pues de noche en invierno, no hay tal escalentador de cama; que con dos jarrillos destos que beba cuando me quiero acostar, no siento frio en toda la noche; desto aforro todos mis vestidos cuando viene la navidad; esto me calienta la sangre; esto me sostiene continuo en un ser; esto me hace andar siempre alegre; esto me para fresca. Desto vea yo sobrado en mi casa, que nunca temeré el mal año; que un cortezon de pan ratonado me basta para tres dias. Esto quita la tristeza del corazon, mas que el oro y el coral; esto da esfuerzo al mozo y al viejo fuerza, pone calor al descolorido, coraje al cobarde, al flojo diligencia; conforta los celebros, saca el frio del estómago, quita el hedor del aliento, hace potentes los frios (4), hace sufrir los afanes de las labranzas, á los cansados segadores hace sudar toda agua mala, sana el romadizo y las muelas, sostiénese sin heder en la mar, lo cual no hace el agua. Mas propiedades te diria dello, que

(1) Acá.

(2) Por verme.

(3) A Dios gracias.

(4) Impotentes los frios.

todos tenéis cabellos; así que, no sé quién no se goce en mentarlo. No tiene sino una tacha, que lo bueno vale caro, y lo malo hace daño; así que, con lo que sana el higado, enferma la bolsa. Pero todavía con mi fatiga busco lo mejor, para eso poco que bebo. Una sola docena de veces á cada comida; no me harán pasar de allí, salvo si soy convidada como agora.

PARMENO.

Madre, pues tres veces dicen que es lo bueno y honesto todos los que escribieron.

CELESTINA.

Hijo, estará corruta la letra; por trece tres.

SEMPRONIO.

Tia señora, á todos nos sabe bien comiendo y hablando, porque después no habrá tiempo para entender en los amores deste perdido de nuestro amo, y de aquella graciosa y gentil Melibea.

ELICIA.

Apártateme allá, desabrido, enojoso. Mal provecho te haga lo que comes, que tal comida me has dado. Por mi alma revesar quiero cuanto tengo en el cuerpo de asco (1) de oírte llamar aquella gentil. Mirad; quién gentil! Jesús, Jesús! ¿qué hastio y enojo es ver tu poca vergüenza! ¿A quién gentil! Mal me haga Dios si ella lo es, ni tiene parte dello, sino que hay ojos que de lagañas se pagan (2). Santiguarme quiero de tu necedad y poco conocimiento. ¿Oh quién estuviese de gana para disputar contigo su hermosura y gentileza! ¿Gentil es Melibea? Entonces lo es, entonces acertarán, cuando andan (3) á pares los diez mandamientos; aquella hermosura por una moneda se compra de la tienda. Por cierto, que conozco yo en la calle donde ella vive cuatro doncellas, en quien Dios mas repartió su gracia, que no en Melibea, que si algo tiene de hermosura es por buenos atavíos que trae. Ponedlos á un palo, también direis que es gentil. Por mi vida, que no lo digo por alabarme; mas creo que soy tan hermosa como vuestra Melibea.

AREUSA.

Pues no la has visto como yo, hermana mia. Dios me lo demande, si en ayunas la topases, si aquel dia pudieses comer de asco. Todo el año se está encerrada con mudas de mil suciedades, por una vez que haya de salir donde pueda ser vista; enviste su cara con hiel y miel, con unas tostadas y higos pasados, y con otras cosas que por reverencia de la mesa dejo de decir. Las riquezas las hacen á estas hermosas y ser alabadas, que no las gracias de su cuerpo; que así goce de mí, unas tetas tiene para ser doncella, como si tres veces hubiese parido. No parecen sino dos grandes calabazas. El vientre no se le he visto; pero juzgando por lo otro, creo que lo tiene tan flojo como una vieja de cincuenta años. No sé qué se ha visto Calisto, porque deja de amar á otras que mas lijaramente podría haber, y con quien él mas se holgase; sino que el gusto dañado muchas veces juzga por dulce lo amargo.

SEMPRONIO.

Hermana, parésceme aquí que cada buhonero alaba sus agujas; que lo contrario (4) deso se suena por la ciudad.

AREUSA.

Ninguna cosa es mas lejos de la verdad que la vulgar opinion; y nunca alegre vivirás si por voluntad de muchos te riges, porque estas son conclusiones verdaderas, que cualquier cosa que el vulgo piensa es vanidad; lo que habla falsedad; lo que reprueba es bondad; lo que aprueba maldad. Y pues este es su mas cierto uso y costumbre, no juzgues la bondad y hermosura de Melibea por esto (5) ser la que afirmas.

(1) Há asco.

(2) Agradan.

(3) Andan.

(4) El contrario.

(5) Eso.